

UN PRIMERÍSIMO ENSAYO DE ANÁLISIS ETIMOLÓGICO  
DE TOPONIMIAS Y OTROS VOCABLOS NAHUAS,  
EN 1520 - 1523

ASCENSIÓN H. DE LEÓN-PORTILLA

A cuantos atrae esclarecer la significación de los centenares de vocablos derivados del náhuatl y de los miles de topónimos que en dicha lengua perduran en México y varios países de Centroamérica, resultará de interés tomar conciencia de que, precisamente desde 1520, tuvieron ya un ilustre antecesor. Antes de referirme a él y a su limitada pero curiosa aportación recordaré que, por otra parte, hay indicios en los textos de la tradición prehispánica de cierta forma de paralelo empeño entre algunos sabios *tlamatinimeh*.

El que sea el náhuatl una lengua en la que con gran frecuencia se emplean vocablos compuestos, en cuya estructuración entran diversos prefijos y sufijos, hace comprensible que quienes podían formar esas palabras a veces de gran complejidad, fueran también capaces de percibir sus distintos elementos o partes. Existen de hecho en los antiguos textos nahuas algunas referencias tocantes al significado de vocablos compuestos, en ocasiones un topónimo. Así, por ejemplo, en el relato acerca de la huida de Quetzalcóatl, se menciona el lugar llamado Huehuehcuauhtitlan, y se dice que "había allí un árbol muy grueso. . ." donde se detuvo el sacerdote y señor de Tula. Se contempló él allí en un espejo y vio que era ya muy viejo. "Entonces —añade el texto— nombró a ese lugar *Huehuehcuauhtitlan*, 'junto al árbol viejo'" (*Niman ye ic uncan tlatocayoti Huehuehquauhtitlan*).<sup>1</sup>

En otro sitio, para cruzar un río, tuvo Quetzalcóatl que hacer un puente. En seguida dio por nombre al lugar *Tepanoayan*. "Donde se pasa sobre las piedras" (*Niman ic tlatocayoti Tepanoayan*).<sup>2</sup>

En la *Historia tolteca-chichimeca*, cuando se habla acerca del lugar donde los *cuauhtinchantlakah* hicieron conquista para estable-

<sup>1</sup> *Códice Florentino*, reproducción facsimilar dispuesta por el gobierno mexicano del manuscrito preservado en la Biblioteca Medicea Laurenziana, Colección Palatina 218-220, 3 v., Florencia, 1980, t. I, libro III, fol. 20 r.-v.

<sup>2</sup> *Ibid.*, t. I, libro III, fol. 21 r.

cerse en él, se dice que su nombre fue *Cuauhtli ichan*, *Ocellotl ichan*, “Casa de águilas, Casa de tigres”, lugar de conquistadores. De allí provino el nombre de *Cuauhtlichan*.<sup>3</sup>

Una última muestra la tenemos en la etimología, que se da en el *Códice florentino*, acerca del nombre en náhuatl de los tarascos o purépechas:

Estos se llaman michuaques su nombre viene de que allá se obtiene mucho pescado. [*Michin*: pescado; *-hua* sufijo de posesión]. (*Iniqueh in inic mihtoa michhoaqueh; itech quiza in intoca in, ipampa in umpa tlaquauhquiza in mimichtin.*)<sup>4</sup>

Ahora bien, así como hay indicios de que atrajo a algunos de entre los nahuas esclarecer el origen de nombres propios y otros vocablos, consta también que —desde poco antes de la toma de México-Tenochtitlan— hubo un personaje de curiosidad muy amplia que, no obstante residir en España, se atrevió a formular un primerísimo intento de análisis etimológico de topónimos y otras voces de la lengua mexicana. Diré algo sobre este escudriñador, el modo cómo obtuvo sus informes y su curiosa aportación.

#### *Pedro Mártir de Angleria (c. 1457-1526)*

No voy a repetir aquí cuanto se ha dado ya a conocer sobre este humanista.<sup>5</sup> Brevemente recordaré que había nacido en Arona, junto al lago Mayor en Lombardía, Italia. Siendo todavía muy joven se trasladó a Roma, donde estuvo al servicio de personajes prominentes, entre ellos del cardenal Ascanio Sforza y luego el embajador de España, conde de Tendilla. Acompañando a éste, viajó en 1488 a España, en donde pasaría casi todo el resto de su vida.

Vinculado a la corte de los reyes católicos, Pedro Mártir de Angleria —que hizo suyo ese apelativo pretendiendo parentesco con los legendarios condes de Angleria— fue testigo de sucesos importantes.

<sup>3</sup> *Historia Tolteca-chichimeca*, traducción del náhuatl por Lina Odena Güemes y Luis Reyes García, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1968, p. 193.

<sup>4</sup> *Códice Florentino*, *op. cit.*, t. III, libro X, fol. 138 r.

<sup>5</sup> Véase por ejemplo: Alberto Mario Salas, *Tres cronistas de Indias: Pedro Mártir de Angleria, Gonzalo Fernández de Oviedo, Bartolomé de las Casas*, Buenos Aires, 1959.

Asimismo: el Estudio Introductorio de Edmundo O’Gorman en Pedro Mártir de Angleria, *Décadas del Nuevo Mundo*, 2 v., México, José Porrúa e Hijos, 1964-1965, t. I, p. 9-71.

Entre otros, contempló en 1492 la toma de Granada. Ese mismo año recibió las órdenes sacerdotales.

Ya desde 1488, y casi hasta el tiempo de su muerte, Pedro Mártir escribió gran número de cartas en latín, destinadas a informar acerca de sucesos importantes a personas de gran prominencia, incluyendo a varios romanos pontífices cuyo reinado coincidió con el lapso de su propia vida. En algunas de esas cartas Pedro Mártir habla de hombres nada comunes que conoció personalmente y que le proporcionaron noticias de sumo interés, entre otros Cristóbal Colón, Sebastián Caboto, Américo Vespucio, al igual que, más tarde, algunos de los primeros enviados de Cortés en 1520. El afán de Pedro Mártir por saber acerca de las nuevas tierras recién descubiertas refleja su personalidad de hombre del Renacimiento, interesado en cuanto acontecía en el mundo. Como lo ha señalado Edmundo O'Gorman, el De Anglería hizo aportación significativa para la comprensión de lo que eran, en última instancia las islas y tierras descubiertas:

Lo verdaderamente positivo de la posición del humanista está en la inteligente y a la vez respetuosa actitud de desconfianza que guardó, desde un principio, acerca de la identificación asiática pretendida por Colón y por otros, y además en la apertura de su espíritu para admitir la novedosa posibilidad real de un continente hasta entonces desconocido.<sup>6</sup>

Ello es evidente tanto en sus numerosas cartas, reunidas más tarde en un volumen póstumo, *Opus epistolarium*, publicado en Alcalá de Henares en 1530, así como en otros escritos suyos. Otro encargo importante desempeñó Pedro Mártir, de 1501 a 1503, el de embajador de España en Egipto. De sus experiencias allí hizo tema para escribir su obra *Legatio Babilonica* que vio la luz en Sevilla, 1511. De regreso en la península ocupó varios cargos de relieve, entre ellos el de miembro de la Junta de Indias, desde 1518, y el de cronista de Castilla en 1520.

Sus empeños de escritor fueron fecundos a lo largo de todos esos años. Desde 1494 había iniciado otro trabajo más ambicioso, el de llevar el registro de cuanto le parecía más importante, distribuyendo tales noticias por décadas. La primera de éstas que abarcó acontecimientos de 1493 a 1502, la concluyó en 1510. Otros siete escritos de igual índole pudo terminar, también con el título de décadas que obviamente no abarcaron ya setenta años más puesto que Pedro

<sup>6</sup> Edmundo O'Gorman, *op. cit.*, t. 1, p. 35.

Mártir murió en 1526. En realidad en sus escritos, concebidos también como comunicaciones dirigidas a algún personaje famoso, dio entrada a sucesos acaecidos hasta 1525.

Es precisamente en las décadas iv y v, escritas en 1520 y 1521-1523, donde ofrece sus intentos de primerísima elucidación etimológica de algunos topónimos y otros vocablos nahuas. Antes de referir quién fue el que le proporcionó la materia prima y ciertas explicaciones para tal propósito, recordaré cómo transcurrieron los últimos años de su vida.

Más honores recayeron sobre él. En 1523 el papa lo nombró arcipreste de Ocaña. Un año después el emperador Carlos hizo su presentación para una remota abadía en Jamaica a la que nunca se trasladó. En el mismo 1524 fue nombrado miembro del recién creado Supremo Consejo de Indias. Menos de dos años más tarde, en octubre de 1526, moría Pedro Mártir en Granada.

*El modo como conoció Pedro Mártir los vocablos nahuas  
cuya estructura y sentido quiso esclarecer*

Nueve de los diez "libros" que integran la Década cuarta, en lo que vino a ser las *Décadas del Nuevo Mundo* de Pedro Mártir, se dedican a los descubrimientos y conquista de México. Ahora bien, precisamente en el libro VIII, al hablar de los regalos que habían llevado a Carlos V los procuradores de Cortés en 1520, es donde, tras describir uno de los libros (códices) de los habitantes de la nueva tierra recién descubierta, cita algunos vocablos nahuas y mayas. Sin embargo, no es sino hasta el libro x de la Década quinta donde proporciona el nombre de uno de los enviados de Cortés con quien ha conversado y se ha informado acerca de términos indígenas y otras varias cosas. El individuo en cuestión era "un secretario de Cortés, llamado Juan de Rivera".<sup>7</sup> De él nos dice Pedro Mártir que

trae el encargo de ofrecer al emperador, en nombre de Cortés, los presentes por éste seleccionados...

Conoce Rivera muy bien la lengua tenustitana y ha estado durante la guerra entera al lado de su amo, interviniendo en todo. Enviólo Cortés muchos días después de la partida de sus compañeros en razón de lo cual puede darnos noticias más claras acerca de todos los sucesos"...<sup>8</sup>

<sup>7</sup> Pedro Mártir de Anglería, *Décadas del Nuevo Mundo*, edición preparada por Edmundo O'Gorman, *op. cit.*, t. II, p. 537.

<sup>8</sup> *Loc. cit.*

En efecto, se sabe que Cortés, además de haber despachado a España en 1520 un primer navío con regalos y para informar al monarca de sus hechos —entre otras cosas acerca de la erección del ayuntamiento en Veracruz y del nombramiento de que fue objeto para quedar al frente de la expedición— envió, después ya de la toma de Tenochtitlan, a otros emisarios suyos asimismo con presentes para el emperador. Entre los que entonces viajaron a España estaban Diego de Soto y Juan de Rivera.

De este último fue de quien “habiéndole preguntado acerca del origen y etimología del nombre de Temistitán...”,<sup>9</sup> obtuvo Pedro Mártir los testimonios que reúne en sus décadas cuarta y quinta.

Veamos ahora, acudiendo a Bernal Díaz del Castillo, quién era el dicho Juan de Rivera. Los informes sobre el mismo no son precisamente edificantes. Aludiendo al nuevo envío de Cortés, escribe Bernal:

Y no me acuerdo bien si fue en aquella sazón un Juan de Ribera, que era tuerto de un ojo [en otro lugar dice que le apodaban “el Tuerto”], que tenía una nube, que había sido secretario de Cortés; a lo que yo sentí de Ribera, era una mala herbeta, porque, cuando jugaba a naipes y a dados, no me parecía que jugaba bien, y además de esto tenía muchos malos reveses, y esto digo porque, llegado a Castilla, se alzó con los pesos de oro, que le dio Cortés para su padre, Martín Cortés...<sup>10</sup>

Líneas adelante añade Bernal que este Rivera “tenía gran retórica”, y mantuvo luego pleito con don Martín Cortés. Del triste fin de Rivera da asimismo cuenta el cronista:

Y digamos en qué paró el pleito de Martín Cortés con Ribera sobre los tantos mil pesos que enviaba Cortés a su padre, y es que, andando en el pleito, pasando Ribera por la villa de Cadahalso, comió o almorzó unos torreznos, y así como los comió, murió súbitamente y sin confesión. Perdónele Dios, amén.<sup>11</sup>

Este era, al decir de Bernal, el Juan de Rivera, tramposo y gran retórico que a los ojos de Pedro Mártir apareció como quien “conocía la lengua tenustitana”. Presentado ya así el informante, veamos

<sup>9</sup> *Loc. cit.*

<sup>10</sup> Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de Nueva España*, introducción y notas de Joaquín Ramírez Cabañas, 2 v., México, Editorial Porrúa, 1955, t. II, p. 174.

<sup>11</sup> *Ibid.*, t. II, p. 175.

lo que de él obtuvo Pedro Mártir y lo que por su cuenta expresó a propósito de etimologías de vocablos nahuas.

*Los topónimos y otras palabras cuya etimología ofrece Pedro Mártir*

Diez son las principales voces nahuas y varias más las de otras lenguas, entre ellas el maya de Yucatán, en las que se fijó la atención del esclarecido autor de las *Décadas del Nuevo Mundo*. De ellas cinco son topónimos, una es nombre de persona y cuatro denotan objetos o conceptos pertenecientes al ámbito cultural del México antiguo.

Comenzaré con los topónimos. Estos son los siguientes: Tenustitán, Tlascalca, Popocatepec, Cachtutepec y [C]ihuatla. Veamos las elucidaciones que ofrece de cada uno.

Respecto de Tenustitán (Tenochtitlan), tras describir su carácter de isla “en medio de una laguna” y compararla con “la ilustrísima de Venecia”, escribe:

El nombre está formado de tres vocablos reunidos. Lllaman “ten” [probable mala transcripción por *teu*] lo que se tiene por divino; “nucil”, al fruto y “titán”, a lo que está en el agua. De modo que Tenustitán equivale a “fruto divino puesto en el agua”. En efecto, sobre el citado escollo [islote] encontraron un árbol nativo, cargado de una fruta delicada y muy a propósito para comer... Por eso, en prueba de gratitud, llevan tejido en sus enseñas ese árbol...<sup>12</sup>

Casi huelga un comentario a esta etimología. En parte acertó Pedro Mártir, tras escuchar al gran retórico Ribera, en lo del fruto, “nucil”, es decir el *nochtli*, tuna o higo chumbo. No anduvo completamente errado en lo tocante al sufijo *-tan* (“titán”), “lo que está en...”, sólo que no necesariamente en el agua como quiere él. Muestra además haber visto o tenido noticia del signo o jeroglífico del nopal, del que nos dice lo “llevan tejido en sus enseñas”, es decir en sus estandartes y escudos.

Un poco más afortunado anduvo con el topónimo de la patria de los que llama ya “los tlascaltecas”. De estos nota que en sus enseñas

tienen dos manos juntas amasando unas tortas, ya que se glorían de poseer campos más ricos en cereales que los restantes comarcas.<sup>13</sup>

<sup>12</sup> Pedro Mártir de Anglería, *op. cit.*, t. II, p. 538.

<sup>13</sup> *Loc. cit.*

La elucidación etimológica que proporciona sin perder de vista el jeroglífico, expresa que “en su lengua la comida de pan” se llama “tescal” (*tlaxcalli*) y “teca” quiere decir “señora”.<sup>14</sup> En lo primero acierta; en lo segundo “teca”, “señora”, se desvía inducido tal vez por Rivera que, al parecer, le había dicho que Tescala significaba “Señora del pan”.<sup>15</sup>

El topónimo Popocatépec aparece más de una vez. En un sitio está escrito correctamente y en otro Popocatépech. El análisis es aquí casi del todo atinado:

En los pendones de guerra llevan representado un monte humeante al que llaman Popocatépec, dado que “popoca” es “humo” [*popoca*: echar humo y *poctli*: humo] y “tépec”, “monte” [*tépec*: en el monte]<sup>16</sup>

Despistado, en cambio, se muestra nuestro renacentista autor, al hablar de otro monte que nombra Cachutépec. De la etimología de este topónimo escribe:

Cachutépec o sea “monte de los conejos”, porque “cachu” es el apelativo de este animal.<sup>17</sup> (¿Trastocaría Rivera *tochin* en cachu o escuchó mal Pedro Mártir?).

Interesante en extremo es el quinto topónimo porque, a propósito de él, trae a cuento la leyenda de la isla o tierra habitada sólo por mujeres:

Ribera nos contó haber oído no sé qué acerca de una región habitada sólo por mujeres, en los montes situados hacia el norte, pero nada de cierto. Como prueba de la veracidad de ese rumor, invocan el nombre de Iguatla [¿mala grafía por *C-iguatla(n)?*], que en lengua del país quiere decir “región de mujeres”, de [c]iguatl “mujer” y “lan”, “región.”<sup>18</sup>

Como único comentario recordaré que, apenas conquistada Tenochtitlan, Cortés que había enviado unos capitanes con rumbo al poniente, había obtenido de ellos a su regreso (1522), la noticia de que por esas partes existía una tierra habitada sólo por mujeres.<sup>19</sup>

<sup>14</sup> *Loc. cit.*

<sup>15</sup> *Loc. cit.*

<sup>16</sup> *Ibid.*, t. II, p. 538.

<sup>17</sup> *Loc. cit.*

<sup>18</sup> *Ibid.*, t. II, p. 546.

<sup>19</sup> Hernán Cortés, *Cartas de Relación*, edición de Mario Hernández Sánchez-Barba, México, Editorial Porrúa, 1963, p. 213.

La alusión correspondía al concepto prehispánico de *Cihuatlan*, “el lugar de las mujeres”, el poniente, dado que se creía que era ese sector del universo el de las *cihuateteo*, las mujeres divinas que habían muerto de parto, con un guerrero en su seno. Ellas se convertían en acompañantes del sol, desde el zenit hasta el ocaso, es decir en el poniente.<sup>20</sup>

El único vocablo de connotación antroponímica analizado por Pedro Mártir es *Nahuatecal* que, según él, era un título que se daba al llamado Catamatzin (Cacamatzin) señor de la provincia, “cuya capital es Tezcuco”. La etimología que ofrece de Nahuatécatl es bastante afortunada:

Dominaba Cacamatzin cuatro ciudades, por lo cual se le llamaba Nahuatécatl de “nahuauh” cuatro y “tecatl” señor...<sup>21</sup>

Como puede verse, en este caso las alteraciones son mínimas: nahuauh por *nahui* y tecal por *tecatl*.

Pasando ya a los cuatro vocablos que definen objetos o conceptos del ámbito cultural del México antiguo, me fijaré en primer lugar en lo que consigna tocante al nombre de los templos:

La casa de la religión es “teucale”, de “teu”, dios y “cali”, casa.<sup>22</sup>

Fuera de haber alterado la desinencia de *cal-li*, la etimología es perfecta. Notaré que, según lo insinué a propósito del análisis que hace Pedro Mártir de la palabra Tenustitán, la transcripción que allí ofrece de la raíz que connota “lo que es divino”, *ten*, debió ser una mala transcripción de *teu*, que aquí se reconoce y escribe adecuadamente.

Una consideración complementaria hace Pedro Mártir después de haber elucidado la estructura de teucale. Escribe: “como se ve, definen sus cosas por los efectos. Alguna vez trataremos de este asunto con más detención”.<sup>23</sup>

También otros estudiosos, como el célebre protomédico Francisco Hernández, mucho se admiraron de la precisión del náhuatl, hasta llegar a decir que “en el étimo de sus palabras se encontraba la

<sup>20</sup> Miguel León-Portilla, *La filosofía náhuatl estudiada en sus fuentes*, 3ª edición, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones históricas, 1966, p. 111-112.

<sup>21</sup> Pedro Mártir de Anglería, *op. cit.*, t. II, p. 471.

<sup>22</sup> *Ibid.*, t. II, p. 538.

<sup>23</sup> *Loc. cit.*



esencia de las cosas".<sup>24</sup> Nuestro humanista, antes que ningún otro, se sorprendió al ver que "definen sus cosas por los efectos", es decir por aquello que pertenece a las mismas. Los afanes del hombre del Renacimiento quedan de nuevo al descubierto en su promesa de rastrear alguna vez, con mayor detenimiento, cuestión que le parece tan interesante.

A dos vocablos más, analizados por el De Anglería, atenderé ahora conjuntamente. Los registra él en el libro octavo de su *Década* cuarta que terminó de escribir hacia fines de 1520. Comienza allí por ofrecer una descripción bastante precisa de los libros o códices indígenas que había podido ver entre los regalos remitidos por Cortés a Carlos V ese mismo año de 1520. Fue éste primer empeño de nuestro autor por rastrear etimologías del náhuatl, en este caso antes de haber hablado con su informante Juan de Rivera. Los vocablos en cuestión aparecen cuando, al describir el contenido de esos libros, expresa que en ellos "hay anotaciones astrológicas y los modos y tiempos para sembrar".<sup>25</sup> Después de referirse al principio del año, señala que "los distribuyen en meses lunares, a los cuales dan los nombres de 'tonas' que en su lengua quieren decir lunas. El día recibe su nombre del sol que entre ellos se llama tonatico".<sup>26</sup>

Como puede verse, por haber recibido información equivocada o porque trastocó lo que escuchó, interpreta el vocablo "tona" (*tonalli*), que efectivamente es de connotación calendárica, no en su sentido de "día" sino atribuyéndole el de "luna". En cambio acertó con bastante aproximación respecto del nombre del sol ya que, en vez de *tonatiuh*, escribió *tonatico*, vocablo que más parece un topónimo por su desinencia en *-co*.

Una última voz, también de la lengua náhuatl, *cacao*, registra Pedro Mártir con varios géneros de comentarios que parecen dignos de atención. Aunque lo que expresa no es un esbozo de etimología, es muy pertinente. De los varios lugares en que habla del cacao me fijaré aquí en dos, el primero del libro cuarto, de la *Década* cuarta y el segundo, más tardío, en el libro cuarto de la *Década* octava. Atendamos a la primera referencia:

Ya he dicho que la moneda corriente entre ellos es cierto fruto de unos árboles a que dan el nombre de "cacao". Su utilidad es doble, pues a más de servir para el uso indicado, se fabrica con él una bebida.

<sup>24</sup> Francisco Hernández, *Antigüedades de la Nueva España*, traducción del latín y notas por Joaquín García Pimentel, México, Editorial Pedro Robredo, 1945, p. 132.

<sup>25</sup> Pedro Mártir de Anglería, *op. cit.*, t. I, p. 426.

<sup>26</sup> *Loc. cit.*

De por sí no es comestible, por ser amarguilla, aunque tierna como la almendra mondada, pero triturada se la reserva para dicha fabricación; echando en agua un poco de ese polvo y revolviéndolo un tanto, resulta una bebida digna de un rey. ¡Oh, feliz moneda, que proporcionas al linaje humano tan deliciosa y útil poción y mantienes a sus poseedores libres de la infernal peste de la avaricia, ya que no se te puede enterrar ni conservar mucho tiempo! <sup>27</sup>

A no dudarlo es ésta la más temprana descripción (1520) de las virtudes de esa semilla a la que tanto alaba Pedro Mártir porque, como dice, utilizada para ser la bebida digna de los reyes, es a la vez moneda.

La otra referencia, a la que al menos brevemente aludiré, versa sobre la forma de preparar la deliciosa bebida hecha del cacao. Para los amantes del arte culinario es ésta la primerísima descripción hecha por un europeo renacentista de una receta digna de recordación. Por su interés la transcribo aquí:

Obtiénese de ellos [de los granos del cacao] una bebida propia de gente rica y noble; una vez secos y reducidos a una especie de harina, los criados, al tiempo del almuerzo o de la cena, cogen orzas, hidrias o cántaros, toman el agua necesaria, y echan en aquéllos la cantidad de polvo proporcionada a la bebida que quieren preparar.

Trasvasan luego, desde lo alto de un recipiente a otro, la mezcla, elevando los brazos lo más posible, dejándola caer en manera de lluvia y agitándola de igual modo repetidas veces hasta que echa espuma; mientras mayor es ésta, tanto más rica es la bebida, según dicen. Después de revolver la porción por espacio casi de una hora, se deja reposar un poco, para que las heces y materia más crasa se deposite en el fondo de la vasija. La bebida resultante es suave y no embriaga, si bien tomada en exceso, produce perturbación en los sentidos, como nuestros vinos espumosos. Llamam "cacao" al árbol y al fruto, como nosotros avellana y almendra a uno y otro. La aludida espuma —que a un tiempo tiene cualidades de comida y bebida— es semejante a la grosura comestible de la leche, que los españoles nombran nata. <sup>28</sup>

Estos son los vocablos nahuas de cuya significación trata Pedro Mártir, acertando unas veces y errando otras. Añadiré tan sólo que también le atrajeron palabras de otras lenguas. Aducirlas aquí está fuera de mi propósito. Como una muestra citaré sólo lo que consignó respecto del nombre de algunos sacerdotes mayas, precisamente del

<sup>27</sup> *Ibid.*, t. II, p. 477.

<sup>28</sup> *Ibid.*, t. II, p. 675.

ámbito yucateco. He aquí lo que nos dice: "a sus sacerdotes los llaman 'quines' y en singular 'quin' ".<sup>29</sup> En maya yucateco *k'in* significa "sol, día, fiesta, edad tiempo". De dicha voz se derivó la de *ah-k'in* que significa, "el del sol, el del tiempo", es decir el sacerdote o persona que tenía a su cargo el culto del sol y la complejidad de los cómputos calendáricos.

Lo aquí expuesto permite afirmar que, entre los numerosos méritos de Pedro Mártir de Anglería, sobresale también su interés, que hoy calificaríamos de filológico, y que lo llevó a producir un primerísimo ensayo de elucidación etimológica de algunos topónimos y otros vocablos nahuas. Su aportación, aunque pequeña, llevada a cabo entre 1520 y 1523, marca el principio de una larga serie de esfuerzos. Estos se continúan hasta el presente en busca de los orígenes y significaciones de ese gran caudal de nombres de montañas, ríos, pueblos, ciudades, y asimismo de no pocos y variados objetos, vocablos todos que se siguen pronunciando a diario en México y, también muchas veces, fuera de él.

<sup>29</sup> Véase Miguel León-Portilla, *Tiempo y realidad en el pensamiento maya*, 1ª edición, México, UNAM, 1963.

